

SU NOMBRE

M^a del Carmen Martínez San Bernardino

El tren tardaría horas en salir, lo que suponía disponer de tiempo sobrado para visitar algunas salas del Museo del Prado. La verdad es que no se me ocurría mejor ocupación para aquella mañana de octubre en la que me encontraba solo y libre para decidir. Podría haber elegido un recorrido concreto, una época, un autor, pero lo que me apetecía realmente era dejarme llevar por el capricho o la intuición. Rehuí a propósito las obras con más renombre y caminé despacio por el laberinto de pasillos, contemplando con auténtico placer los cuadros que, por diferentes motivos, más me atraían. Así fue cómo la casualidad me condujo hasta una escena que se había repetido en mi memoria desde los lejanos días de la adolescencia.

La visión de aquel óleo detuvo en seco mis pasos y, sin proponérmelo, lancé una exclamación en la que se mezclaban el asombro, la emoción y un regusto de nostalgia. Ante las miradas reprobatorias de algunos visitantes, me disculpé con un gesto que podía significar cualquier cosa, encogí los hombros dentro de mi gabardina y lamenté no tener cerca a alguien con quien compartir mis recuerdos.

Igual que sucedió la primera vez que contemplé a aquel santo degollado, mi mirada se posó en el corte del cuello, en las gotas de sangre que corrían por la ropa, en la carne abierta, en la cabeza vencida. Después, como entonces, observé fascinado el rostro del hombre, tan parecido al del Cristo de la capilla del colegio: los mismos ojos entornados, la misma boca exangüe, la misma tristeza infinita.

En aquella mañana de octubre, los dos personajes que custodiaban el cuerpo sin vida apenas captaban mi atención, tal y como ocurría en aquellas tardes en las que, con la espalda rígida, me sentaba a esperar a que ella llegara.

Aún recuerdo el sonido del timbre y los pasos rápidos que oía tras la puerta cerrada. Todavía puedo ver la sonrisa de la doncella y su forma de señalarme el felpudo para que

me limpiara la suela de los zapatos antes de pisar la alfombra que me conduciría hasta el salón. Allí aguardaba sin moverme, con la mirada fija en la lámina que presidía la estancia, preguntándome siempre por qué ella habría elegido una escena tan lúgubre para decorar la pared.

Por más que yo intentaba evitarlo, cuando al fin ella entraba en el salón, me sorprendía boquiabierto y mirando embobado a aquel pobre hombre amarrado a un árbol.

Cómo me aturdían su risa, el ruido de sus tacones, el sonido de mi nombre entre aquellos labios que yo imaginaba suaves y jugosos.

Ella se sentaba frente a mí, justo bajo el santo. Cruzaba las piernas y hablaba y hablaba, inclinando el cuello hacia la derecha, de tal forma que yo esperaba de un momento a otro ver brotar la sangre sobre la tela clara de su vestido.

Me preguntaba por el colegio, sobre las clases y mis asignaturas preferidas. Me interrogaba acerca de mis amigos e insistía en que debía dar gracias a Dios por la bondad de aquellos que velaban por nuestra educación, en especial por el padre prior. Era él quien una tarde al mes me invitaba a hacer una visita a la que él llamaba siempre mi benefactora. La verdad es que nunca supe por qué lo era, pero lo cierto es que cada treinta días exactos aquella mujer me abría las puertas de su casa y me convidaba a merendar. La doncella ponía siempre ante mí una bandeja en la que humeaba una taza bien caliente de chocolate y un plato rebosante de bizcochos. Acostumbrado al triste mendrugo de pan que los frailes nos repartían a media tarde, aquello me parecía un verdadero banquete. De modo que, mientras mi benefactora buscaba nuevas preguntas, yo engullía sin prestar mucho interés a lo que ella me planteaba o a lo que yo respondía. Recuerdo cómo olisqueaba yo el chocolate antes de beberlo a pequeños sorbos. Y, cómo, al soplarlo, rebotaba el calor en mi cara. Conforme lo bebía, la rigidez de mi espalda se iba relajando y, poco a poco, me

dejaba envolver por la calidez del cacao. Mi cuerpo se acomodaba sobre el asiento a medida que desaparecían los bizcochos del plato. Qué agradable era estar en aquel salón, lejos del frío de las clases y de la humedad del dormitorio. Qué reconfortante aquella voz amable y cariñosa frente al tono severo al que estaba acostumbrado en el colegio.

Invariablemente, notaba que mis párpados empezaban a pesar y, cuando ya estaban a punto de cerrarse, me espabilaba la risa de ella. Entonces yo sacudía la cabeza y volvía a observar su cuello blanco y, por unos instantes, imaginaba lo que sentiría si lo pudiera recorrer con la punta de mis dedos. Aquellos pensamientos removían algo en mi interior y hacían enrojecer mis mejillas. Para disimular, desviaba los ojos de un cuello a otro y volvía a fijarme en aquel corte profundo del que brotaba sangre.

Aquella mañana de octubre, frente al óleo del siglo XVI, observando al santo degollado y a los dos donantes, tuve la sensación de encontrarme ante viejos amigos con los que resultaba fácil volver al pasado. No era capaz de apartar la mirada de aquel cuadro, como si quisiera aprender de memoria cada hoja del árbol que sujetaba el cuerpo, cada pliegue de la capa roja, cada torre de los edificios que se veían al fondo de la escena, y cada pincelada me ayudaba a revivir con absoluta nitidez aquellas tardes en las que yo deseaba que se detuviera el tiempo.

Aún recuerdo cómo me costaba levantarme de la silla para despedirme, cómo revolvía ella mi pelo mientras me emplazaba a visitarla de nuevo al mes siguiente. Y yo le prometía volver. Lo hacía con un énfasis desmedido, como si de esa promesa dependiera algo trascendental, su vida o la mía, qué sé yo. En los últimos minutos empleaba todas las palabras que había guardado durante la merienda y, luego, callaba de golpe, avergonzado.

Todavía puedo ver su cara, oler su piel, oír el aleteo de su vestido. Aún hoy, mientras escribo estas líneas, soy capaz de recordar aquella última tarde en que el salón estaba

repleto de cajas de embalaje y la lámina del santo había sido descolgada y reposaba en el suelo. Aquel día la merienda fue rápida y ella apenas me hizo caso. Entraba y salía dando órdenes a la doncella sobre lo que debía guardar y la manera de guardarlo. Su marido, según le oí decir en una de sus idas o vueltas, tenía prisa por cerrar la casa y marchar de la ciudad.

Nunca más volví a verla.

Aquella mañana de octubre, frente a ese óleo anónimo, recordé el dolor de mis quince años y lo único que, extrañamente, había borrado el tiempo: su nombre.